

Reflexiones sobre la ficción del «más y mejor» de hoy día

Antoni Talarn Caparrós

Universitat de Barcelona

Rebut 17.7.2017

Resumen: Vivimos en una ficción total, dotados de un pensamiento único que nos impulsa a creer que más es igual a mejor. Más dominio de la naturaleza, más ciencia y tecnología, más consumo y mayor autorrealización personal. Creemos que se puede alcanzar la felicidad a través de vías que pasan por la economía, la ciencia y el cultivo del propio yo. Esta es nuestra guía actual, pero, vistos los resultados, no parece que resulte del todo adecuada. Criticamos estas disposiciones del sistema, sin pretender, por ello, volver a las antiguas disfunciones del pasado. La visión del psicoanálisis de la búsqueda de la felicidad en la actualidad aporta un poco de luz ante tanta confusión.

Palabras clave: consumo, tecnociencia, individualidad, mercado, malestar

Abstract: We live in an absolute fiction, driven by the single thought that makes us believe that more equals better. A higher control over nature, more science and technology, higher consumer rates and a higher self-accomplishment. We think that one can reach happiness through the economy, science and self-growth. This is the path we follow nowadays. However, given the results of it, it doesn't actually seem to be the best solution. We criticize these kind of characteristics about our system, without the intention of going back to the old disfunctions. The psychoanalytic vision of the search for happiness in today's world brings in some light in the face of all this confusion.

Keywords: consumption, techno-science, individuality, market, discomfort

Introducción

Escribe Jesús Ferrero (2009), en su interesante ensayo sobre las pasiones, que, al inicio de un proceso bélico, las sociedades que en él participan entran en un estado de ficción total, un estado en el que una narrativa infantil se apodera de todo y de todos, con tal de deshumanizar al enemigo, dotarlo de maldad infinita y justificar, así, la orgía de crímenes en la que se basa toda guerra.

Despojemos a la idea de ficción total de su proximidad con el sentir patológico del delirio persecutorio y aproximémosla a su esencia más común y colectiva: ficción como construcción —o construcciones subjetivas— obligatoria ante la desnudez y fragilidad del ser humano; cuentos chinos narcotizantes que, al convertirse en creencias compartidas, nos sostienen frente a la ansiedad de una existencia abocada de por sí a la muerte, y obligada al deseo continuo y siempre insatisfecho.

Hecha esta maniobra, el concepto de ficción total nos puede resultar esclarecedor para intentar comprender algunas de las situaciones que se dan en la actualidad de nuestra sociedad. Así, la ficción total nos recuerda el pensamiento único, descrito por Ignacio Ramonet (1988), o el hombre unidimensional retratado por Marcuse (1954).

¿Acaso no podríamos hablar, dispuestas de este modo las cosas, de una ficción total en las sociedades ricas de la actualidad? Si para entrar en una guerra (y pasar por la oficina de alistamiento y ponerse a matar desconocidos estando dispuesto a morir) son necesarias las invenciones y convicciones antes descritas..., ¿qué fabulas no se necesitan para poder vivir en la actual cultura del tener, del consumir, del bienestar, de la tecno-ciencia y del individualismo? ¿Qué fuerzas han forjado nuestro carácter social actual, que diría Fromm?

Antes de respondernos diremos que, seguramente, no ha habido, ni la hay, cultura humana sin ficciones sostenedoras, del mismo modo —o quizás por eso mismo— que no hay, ni ha habido, civilización sin dioses. No podemos, aquí y ahora, entrar en las ficciones de las culturas ajenas o pasadas. Tal tarea nos sobrepasaría en su exigencia y en su dimensión. Por cuestiones de tiempo y de urgencia es necesario que nos concentremos en las ficciones del presente.

Urgencia porque nuestra tesis es la de que vamos al abismo si no somos capaces de modificar alguna de las premisas básicas de la actual ficción colectiva. Aunque, bien pensado, seamos o no capaces de conseguir tan prometeica tarea, iremos al abismo igualmente, ya que, como especie, como todas las especies, disponemos de un tiempo limitado de andanza evolutiva en este planeta.

Modifiquemos entonces lo dicho anteriormente: urgencia porque necesitamos saber. No porque el saber nos libre del abismo —quizás pueda demorarlo algo o en todo caso dignificarlo un tanto—, sino porque, a nosotros en particular —terapeutas, analistas y demás gentes preocupadas por ir un poco más allá de la información basura que nos rodea—, sólo el saber nos librará de la oscuridad; sólo el saber —y su buen uso—, nos permitirá cierto ejercicio de rebelión interna —y sería deseable que también externa— ante este libreto de ficción tragicómica redactado entre todos.

Es necesario subrayar que nadie nos ha escrito la ficción total que en seguida repasaremos. Es una construcción colectiva. Todos participamos, en cierta medida, de la misma. En una u otra medida todos somos sus autores, a la vez que sus personajes. Sin guionistas no hay trama que valga, pero la trama no se sostiene si los actores no la hacen suya. Ya lo dijo Freud (1917, 2210) al hablar de la primera guerra mundial:

Y ahora, aparten la mirada de lo individual y contemplen la gran guerra que sigue asolando a Europa, piensen en la brutalidad, la crueldad y la mendacidad de que es pasto el mundo civilizado. ¿Creen realmente que un puñado de ambiciosos y farsantes inmorales habrían logrado desencadenar todos esos malos espíritus si los millones de seguidores no fueran sus cómplices?

Pongamos un ejemplo bien actual de lo que estamos señalando: la crisis económica. Sólo un ingenuo puede considerar que la culpa de la crisis recae en un grupo de sujetos determinados. Como dice Vicente Verdú (2009, 17):

Continuar interpretando esta gran crisis en términos económicos no es más que una actitud banal. La discusión sobre la mala naturaleza de los activos y las hipotecas «sub prime» acaba siendo una polémica parcial dentro de un problema de envergadura ética, psíquica y neurótica que es obligatorio señalar.

Los mercados financieros no dejan de ser espejos de la humanidad. El público desea conocer cuáles son los malos y los buenos, cuáles son las víctimas y los culpables. Pero el mundo es demasiado interactivo, para efectuar un análisis tan sencillo, entre ladrones e incautos, conspiradores y manipulados.

No es la primera ocasión, ni será la última, en que el impulso especulativo caracteriza una época, ya sea la fiebre del oro, la expansión ferroviaria, o la euforia del petróleo. Las sucesivas crisis económicas de la historia poseen rasgos comunes emparentados con la furia, el afán de aventura, la ilusión por enriquecerse de golpe y los volubles enredos de la razón. Pero para que una burbuja financiera se forme no basta con el ansia y la astucia del especulador, sino que es indispensable la colaboración entusiasta de mucho público.

Ya sabemos que hay diferentes grados de participación en el origen de toda guerra y en el inflado de toda burbuja. Sin que se obvie la responsabilidad de aquellos que la poseen en mayor medida, y ciertamente la administran mal, se hace necesario decir en voz alta que, en esta crisis, así como en otras peripecias masivas, participamos todos.

La conclusión, entonces, nos parece obvia: todos hemos llegado a lo que hemos llegado porque todos somos como somos. ¿A dónde hemos llegado? A una ficción total, «a una sola dimensión que está por todas partes», en palabras textuales de Marcuse (Marcuse 1954), a un «pensamiento único», a un «carácter social no productivo mercantil», que diría Fromm (1947). No se nos ocurre mejor síntesis de este pensamiento que la siguiente: vivimos bajo el dominio de la idea de «más y mejor».

Si tuviésemos el talento de un avieso sociólogo escribiríamos un ensayo titulado *La cultura del más y mejor*. Ejemplos de tal premisa no nos faltarían. ¿Conoce el lector algún aspecto de la realidad en que no domine esta idea? Todos damos por asumido que la economía debe de seguir creciendo, que los ordenadores han de ser más rápidos y más pequeños, que los viajes espaciales han de llegar más lejos, que es lógico que necesitamos más canales de TV, que hay que aumentar la producción de todo lo producible, que se precisa más innovación, más desarrollo.

Es posible argumentar que siempre ha sido así y que la humanidad, precisamente por serlo, se caracteriza por un deseo sin límites. Es cierto, creemos que así es y que la historia nos muestra que los humanos siempre hemos deseado de todo y más y mejor, y lo seguiremos haciendo hasta el final de nuestros días. Quizás el problema no radica entonces en el deseo en sí, ya que, como dice el dicho, «lo que no se puede resolver no es un problema». Consideremos entonces, como decíamos,

que quizás el problema radica en aquello sobre lo que recae nuestro deseo en la actualidad. Si nos centramos en la cultura occidental, veremos que hubo épocas en las que las ansias de más y mejor de la mayoría se centraban en la supervivencia, la alimentación, la seguridad, la libertad, la democracia, la exención de tareas físicamente penosas, la educación, la justicia, etc., etc.

Estábamos trabajando en la parte inferior de la pirámide de las necesidades de Maslow. Por fortuna, y con esfuerzo, hemos llegado a cubrir nuestras necesidades más básicas; sin embargo, no parece que ahora vayamos a ocuparnos de las más elevadas, puesto que todo indica que nos hemos quedado anclados en un nivel de escasa autorrealización. Aunque las apariencias dicten lo contrario, éste nos parece que es el problema.

Seguimos aún instalados en el «más y mejor» relativos al poseer y al dominio de la naturaleza. Por tanto, buscamos el «más y mejor» en el consumo y en la tecnociencia. Hay un tercer parámetro que define nuestra sociedad: el de la realización individual. Éste podría ser visto como la cúspide de la pirámide de Maslow; sin embargo, a menudo, se trata de una tarea tan egocéntrica y desnortada que difícilmente puede verse como una auténtica autorrealización.

Recordemos lo dicho antes de otro modo: (dejando de lado el asunto del límite) el problema no es la búsqueda de la felicidad (el deseo), puesto que esto siempre ha sido así y así será. El problema radica en los caminos por los que transitamos para conseguirla. ¿Cómo buscamos la felicidad hoy día? ¿Qué caminos tomamos? Si podemos analizarlos, daremos con la clave del cómo y por qué llegamos a los males y las decepciones.

Ciertamente no todos transitamos la misma senda, siempre hay excepciones. No obstante, la huella más clara es la seguida por la mayoría, es la huella unidimensional y de pensamiento único, es la huella de la ficción total en la que vive muchísima gente, casi todos, en según qué ocasiones. En este sendero hallamos diferentes vías de (supuesto) acceso a la felicidad (Lipovetsky y Charles 2004):

- Hay un camino que pasa por lo material. El consumo es su medio. Es el tener en lugar del ser.

- Otro pasa por el bienestar y la seguridad de toda índole (sanitaria, alimentaria, del entorno, etc.). La tecnociencia es su sostén. Es el intento del dominio de la naturaleza, del curso de la biología.
- Y, por último, el camino más importante: el de la afectividad y el desarrollo personal, que está muy mediatizado por la sociedad de los individuos en la que vivimos.

Si esto es así, dos de las tres vías de la felicidad no se han modificado más que aparentemente con el paso del tiempo; en este sentido, no hay un verdadero progreso sino tan sólo un cierto cambio. Hemos de hablar, pues, de tres grandes fenómenos que, de modo entrelazado, usamos para conseguir la felicidad y que, a veces, son causa de desencanto:

1. El consumo.
2. Los avances técnico científicos.
3. La primacía del individuo.

Consumo, ciencia e individualismo se comportan de modo paradójico: ofrecen enormes cotas de bienestar y, simultáneamente, grandes dosis de malestar.

2 El consumo actual desde el punto de vista psicoanalítico. ¿Placer y defensa?

Se suele acusar a la sociedad actual de ser excesivamente consumista, de despilfarrar en banalidades y de convertir al mundo en un supermercado. En estas críticas, no obstante, no se diferencia entre *consumo* y *consumismo*. Si el consumismo es visto como una exageración del consumo, entonces sí es criticable. Pero la vida es impensable sin el consumo. Nacemos e, inmediatamente, empezamos a consumir, es decir, a utilizar en nuestro propio provecho los recursos disponibles del exterior. No se puede vivir sin consumo. No hay nadie que no sea un consumidor.

El problema, pues, no radica en el consumo, sino en su multiplicación desmedida. Y no cabe duda de que, en la sociedad actual algo de eso existe. Ciertamente todos consumimos más de lo que necesitamos. Lo cual no significa, no obstante, que a día de hoy sea factible promulgar una vida limitada a lo estrictamente necesario para sobrevivir. Sea-

mos sinceros: ninguno de nosotros aceptaría, de buen grado, una restricción de los placeres asociados a lo superfluo. La moda, el cambio, lo novedoso, lo variado, nos proporcionan un placer real, no un falso goce. Que sea un placer un tanto trivial, como resulta innegable, no significa que no sea un placer.

Quizás consumimos por placer, llevados por el principio del placer, y éste aumenta proporcionalmente en la medida en que, en ciertas ocasiones, no está dominado por el principio de la realidad. ¿Qué nos aporta, pues, este punto de consumismo? La sensación de una cierta plenitud; la satisfacción de una pequeña trasgresión; la negación, controlada, de nuestras propias limitaciones económicas; una sensación de libertad de elección; un momento de placer, sin duda. Liviano, superficial, intrascendente, pero placer, al fin y al cabo. Consumimos en exceso por placer y así seguiremos haciéndolo sin solución de continuidad. Forma parte de nuestra naturaleza psicológica y, cómo no, de nuestra educación y de la sociedad en la que vivimos, cuyo concepto de felicidad pasa, no lo olvidemos, por los bienes materiales. Ya de niños, de muy niños, obtenemos placer y alegría con la posesión de objetos.

Este impulso al placer, no obstante, puede verse en algunas personas trastocado. Hay quien consume compulsivamente, sin control alguno y, lo que es más significativo, sin obtener placer en ello, aunque tal sensación se busque con ahínco. Ya sabemos qué es la voracidad: una demasía de los impulsos orales —de adquisición, de posesión, de incorporación. Encontramos entonces a los compradores compulsivos, los adictos a las compras, los bulímicos del centro comercial. Personas que, en una búsqueda desesperada de la tranquilidad espiritual, recurren al consumo como una forma de calmarse, como si tomaran un ansiolítico, como si este fuera el sustituto de una madre tranquilizadora y acogedora que pudiera filtrar todas sus inquietudes. Más allá del consumismo, estos desdichados padecen una auténtica adicción.

¿Sucede algo parecido en el conjunto de la sociedad actual? ¿Somos una sociedad bulímica? Algo de eso hay, qué duda cabe. A veces nos comportamos como una sociedad muerta de hambre que ingiere de todo con cierta desmedida: tecnología, moda, comida, relaciones, es-

pacios, información, espectáculos, recursos. Y, además, a gran velocidad, de un modo acrítico y en grandes cantidades. Al igual que una persona que padeciese bulimia, que no puede resistir su impulso al atracón, nuestro comportamiento colectivo se afana en vaciar las estanterías de las grandes superficies para encontrar aquello que, de una vez por todas, nos haga sentir bien. En ocasiones nos mostramos como una sociedad muy frágil, que trata de compensar sus angustias vitales a través de la ingesta y compra masiva de cualquier producto. Nos comportamos como bebés ansiosos que tratan de aferrarse al chupete o al biberón.

No es necesario más que un momento de reflexión para darse cuenta de que el consumismo conduce a una mitigación momentánea de los deseos, pero también a la frustración permanente de las necesidades, ya que el mercado siempre está proponiendo algo nuevo. Podemos afirmar que este consumismo, además de un impulso, es un tanto defensivo. Sirve para protegernos, en algún momento y aunque solo sea por un instante, de diversas ansiedades.

La pregunta siguiente resulta clara: ¿De qué ansiedades nos tratamos de evadir a través del consumismo? A nivel individual, cada cual de las suyas, obviamente. A nivel colectivo, quizás podríamos enumerar algunas fuentes de ansiedad, un tanto omnipresentes en nuestra sociedad. Algunas son grupales: los vaivenes de la economía; los desastres naturales y las catástrofes del ecosistema debidos a la mano del hombre; el auge del terrorismo; los riesgos alimentarios y demás. Otras más personales: riesgos asociados a la precariedad laboral o la posibilidad de la pérdida del estatus social; amenazas a la propia identidad cultural; y los miedos diversos a cuestiones como la delincuencia, la inmigración, las enfermedades epidémicas, los accidentes de tráfico, entre otros. Sin olvidar el temor que surge de la fragilización de los vínculos personales y familiares, como después veremos.

No es por casualidad que los sociólogos nos hablen de *la sociedad de los riesgos* (Beck) o de *un mundo desbocado* (Giddens). Desde luego, no se trata de presentar un panorama apocalíptico, ni mucho menos. En realidad, nuestra sociedad es la más segura de todos los tiempos. Sin embargo, también es la más miedosa. Nunca hemos gastado tanto en

seguros, en sistemas de vigilancia e identificación, en protecciones de toda índole. Nunca ha habido tantas leyes y tantos presos como hoy día. El negocio de la construcción de muros, privados y públicos, florece. Por lo que parece precisamos de muchas defensas.

En esta situación... ¿Cuántos no buscan consuelo en la posesión de dinero? Dinero..., supremo fetiche que todo lo puede ya que en todo se puede transformar y todo lo permite adquirir.

Oliveres (2009), Ramonet (2009) y Verdú (2009) coinciden en la idea de que la crisis financiera es la consecuencia de la desaparición del dinero... y no la desaparición del dinero el efecto de la crisis financiera. La virtualización del dinero es, en parte, la responsable de la actual situación. Así por ejemplo el 90% de los capitales que circulan por el mundo son transacciones que no se corresponden con mercancías, sólo con transacciones. La globalización condujo a la economía mundial a tomar la forma de esta economía financiera, virtual, que en octubre de 2008 representaba más de 250 billones de euros, seis veces el montante de la riqueza real del mundo. ¿Acaso no es éste un buen ejemplo de funcionamiento en proceso primario? Pero sucede que cuando la nada se hace realidad, la realidad se convierte en nada. Fromm lo diría de otro modo, pero la idea es la misma: el valor de cambio sustituye al valor de uso efectivo.

Ferrero (2009) relaciona hábilmente el consumismo de objetos materiales con el fetichismo. Define el fetiche como un objeto cargado de un poder que no tiene y que representa una ausencia, además de ser un artefacto en relación con la posesión. Poseer el fetiche anuncia la posesión de lo que el fetiche representa. Pero como todo fetiche es la representación de una ausencia, tarde o temprano acaba emergiendo lo real del fetiche: tras el mismo hay solamente un espacio vacío. Dicho en otras palabras: todo fetiche acaba mostrándose como una representación siniestra de nuestra carencia. Por eso el consumo nunca calma del todo. En este sentido, cree Ferrero (2009, 78) que no hemos evolucionado mucho:

Las sociedades antiguas estaban saturadas de fetiches, las modernas también; en eso no se observan cambios notables porque los fetiches siguen siendo necesarios. La ingente ceremonia fetichista, que es nuestra cultura,

nos sigue vinculando al neolítico. Somos un neolítico electrónico y digital. Nuestras catedrales no dejan de ser sofisticados dólmenes, nuestro rasca-cielos sofisticados menhires, nuestras fronteras sofisticados lindes tribales, y todos los objetos que nos rodean a diario no dejan de ser fetiches que, si bien pueden parecer a veces muy elaborados, acaban siempre desvelando su naturaleza tosca e inanimada.

En resumen: nos refugiamos en exceso en el dinero y el consumo, que no son más que fetiches huecos y de escaso poder ansiolítico. Es un camino, en gran parte fallido, de más y mejor felicidad.

3 La tecnociencia o la ilusión de la omnipotencia

No cabe duda de que los avances tecnológicos son, en la inmensa mayoría de los casos, una auténtica bendición. Confiamos en la ciencia y en la tecnología, y tenemos razones justificadas para tal actitud. La cuestión que quiero plantear aquí trata de las características de esta confianza. En mi opinión, ésta alcanza, en ocasiones, cotas que rozan a las creencias religiosas. Más que confiar en lo que la tecnociencia nos puede ofrecer, parece que tenemos fe en la misma.

Gracias a la fe en la ciencia, vivimos como si las limitaciones propias de la vida fuesen una entelequia, un enemigo a batir, superable, y no una realidad con la que hemos de convivir, tan consustancial a la existencia como la propia muerte. De ahí que haya personas —y no pocas a tenor de las estadísticas— que luchen desafortadamente contra los efectos del envejecimiento, el declive de la potencia sexual, el cansancio y la necesidad de reposo, los problemas de infertilidad, las formas del propio cuerpo, las dificultades de aprendizaje y demás limitaciones propias de la edad, la fisiología y las condiciones de cada cual.

Pensemos en la biotecnología, por ejemplo. Todos estamos al tanto de las promesas de la ingeniería genética en su vertiente preventiva. Pensamos que llegará un día en que enfermedades como el cáncer, el sida o el Alzheimer serán definitivamente derrotadas. Es posible, y deseable, que así sea. Pero la realidad, por el momento, dista mucho de acercarnos a estos nobles objetivos. Entre nuestras esperanzas y la rea-

lidad hay aún un largo trecho. Y lo mismo podríamos apuntar, si nos fijamos, en las llamadas *nuevas tecnologías*. Seamos claros y concisos: éstas son muy útiles y nos ayudan mucho, pero han significado muy poco a nivel de un verdadero progreso para la humanidad. Ninguna tecnología, que se sepa, nos ha librado de ningún desastre, de ninguna guerra, de ninguna atroz injusticia, de esas que estamos tan habituados a contemplar, eso sí, a través de sofisticados medios tecnológicos y, casi, en tiempo real.

No estamos en contra de los avances, por supuesto que no. ¿Quién podría negar que la anestesia nos convierte a todos en deudores de la ciencia? ¿Cuántos estaríamos dispuestos a renunciar al automóvil o a la ayuda de la informática? Aún a sabiendas del mal uso que se pueda hacer de muchos avances científico-técnicos, creemos que el impulso a dominar y conocer es imparable y en muchos casos beneficioso, pero no salvífico.

Pero hoy día parece que la ilusión en un progreso gobernado por la tecnociencia es una especie de creencia cuasi religiosa. En el mundo actual hay una fe un tanto irracional en el poder de la tecnociencia y, por momentos, parece como si ésta se hubiese convertido en una nueva religión. Como ella, se basa en el mito de que somos diferentes a los demás animales, ya que nosotros sí podemos dominar y cambiar el mundo; y nos ofrece sentido y esperanza en el futuro. De hecho, la ciencia se ha convertido en vehículo de ciertas necesidades que son de tipo religioso: creer en algo, sentirse trascendente o superior, tener esperanza. Es una ilusión, poderosa y necesaria, pero una ilusión. Y es que la necesidad de estas esperanzas salvadoras es consustancial al ser humano.

Nuestra opinión es que hoy día confiamos en la tecnociencia como si, a través de ella, se pudieran solucionar todos los males y las preocupaciones que nos asolan. Todo lo que se nos presenta bajo el rótulo de científico-técnico es considerado como bueno y verdadero, como si fuese una revelación que nos llevará a un paraíso de felicidad completa y sin limitaciones.

Pero lo que una parte es, sin duda, el reino del progreso y del avance, por la otra parece generar una especie de conducta regresiva colecti-

va: todos somos como niños esperando que el papá técnico y la mamá ciencia nos salven del desastre. Pero nos parece que es una esperanza un tanto vana, una «ilusión», como diría Freud. La historia ha demostrado que la ciencia y la tecnología no han convertido este mundo en un lugar mejor, más seguro, más racional o más justo. La guerra, el hambre, la enfermedad campan a sus anchas por la mayor parte del planeta, incluso en la avanzada Europa de ahora mismo.

La creencia incuestionable en la tecnociencia nos remite, pues, de nuevo, a un mecanismo de defensa que niega nuestra realidad individual y colectiva. Aquélla que nos señala como frágiles imperfectos y perecederos. Nos permite, además, recrearnos en unas experiencias infantiles de carácter omnipotente y, al mismo tiempo, dependiente, siempre a la espera de una ayuda que proviene de los otros y que todo lo arregla. Naturalmente esto también se da en el campo de la salud mental. He aquí un párrafo de Lipovetsky (2006, 51) sobre esta cuestión:

Los sujetos quieren ahora elegir sus estados de ánimo, controlar sus vivencias cotidianas, ser dueños de las eventualidades emocionales recurriendo a fármacos psicotrópicos, cuyo consumo, como se sabe, no para de crecer. A medida que se afirma el principio de soberanía personal sobre el cuerpo, el individuo confía su suerte a la acción de sustancias químicas que modifican sus estados de ánimo «desde el exterior», sin análisis ni trabajo subjetivo, ya que sólo cuentan la eliminación inmediata de los desarreglos (fatiga, insomnio, ansiedad), la mayor eficacia posible, el deseo de producir estados afectivos «por encargo». La exigencia de soberanía individual se expresa aquí por un consumo pasivo de moléculas químicas. Si estos trivializados recursos de la psicofarmacología dan fe del deseo individualista de controlar el cuerpo y el estado de ánimo, reflejan al mismo tiempo cierta impotencia subjetiva, dado que el sujeto renuncia a todo esfuerzo personal y se abandona a la omnipotencia de productos químicos que trabajan para él, sin él. No buscamos ya solución a nuestros males en nuestros recursos interiores, sino en la acción de tecnologías moleculares que, además, tienen efecto adictivo. El individuo, deseoso de dirigir o rectificar a su gusto su interioridad, se transforma en individuo «dependiente»: cuanto más reclama la plena potestad sobre su vida, más se despliegan formas nuevas de someterlo.

En definitiva, lo que decíamos, la fe nos convierte en dependientes, nos infantiliza y nos roba recursos. No será necesario insistir aquí en cómo se aplica esta ficción en el campo de la salud mental y el bienestar personal: todo es asunto del cerebro y al cerebro se llega mediante la bioquímica. Lo mental y aquello que lo funda, esto es, lo relacional, quedan de lado.

4 La sociedad de los individuos: libertad e incomodidad a partes iguales

Todos los autores que estudian la combinatoria entre individuo y sociedad nos señalan que vivimos instalados en la cultura del Yo o del narcisismo. Una sociedad en la cual el valor fundamental corresponde al culto del propio Yo.

¿Qué significa exactamente esto? ¿Cómo se puede afirmar que en nuestra sociedad lo más importante es el Yo cuando sabemos, por las encuestas, que la pareja y la familia se valoran por encima de todas las cosas? ¿Si vemos, por doquier, expresiones de solidaridad y florecimiento de ONG's; si asistimos a enormes manifestaciones de protesta contra las guerras o el terrorismo; si vemos crecer el voluntariado de todo tipo? Siendo todo lo anterior rigurosamente exacto —y hasta cierto punto tranquilizador, ya que desmiente la supuesta crisis de valores—, también lo es que la inmensa mayoría de personas implicadas en estas actividades lo hacen a título estrictamente individual. Por decirlo de algún modo, se ejecutan acciones colectivas a la carta, más como un modo de expresión de la propia idiosincrasia que bajo el marco de una ideología unificadora y compartida. Ya no hay lucha de clases, ni ideologías salvadoras y plenipotenciarias. La disciplina social impuesta por la familia, la tradición, el partido, el sindicato, la clase social, la nación, la moral o la iglesia han desaparecido.

No será necesario insistir en las ventajas de tales entierros. Sin embargo, sus inconvenientes tampoco se ocultarán durante mucho tiempo. El primero y más trascendente es que, hoy, hemos de construir nuestra identidad a partir de los propios recursos personales. Ni el apellido,

ni la nación, ni la fe, ni la ideología nos darán cobertura para tal tarea. Construirse a uno mismo es una labor solitaria.

Los antiguos referentes no nos sostienen. La familia es cada vez más reducida, con menos tiempo para compartir, con los abuelos fuera de casa, los hijos pequeños aparcados en la guardería. La pareja y las relaciones amorosas son, en muchas ocasiones, líquidas: se multiplican las experiencias y se dispone de una mayor libertad de elección, pero los compromisos son volátiles, abundan los finales rápidos. En el trabajo, abundan la precariedad, los salarios bajos, las titulaciones que no sirven, el *techo de cristal* y los ascensores sociales averiados. Y no hay sindicato que valga. La profesión ya no es seña de identidad.

Y no hablemos ya de las ideologías, de las cuales ya nadie sabe muy bien qué es lo que queda entre nosotros. El ejemplo más dramático de la deriva ideológica fue la campaña presidencial de Barak Obama, su famoso «Yes we can... we can...» pero ¿qué es lo que podemos? ¡Misterio! Como campaña es genial porque cada uno coloca tras el *can* aquello que desea, pero como ideología con contenido, articulada, coherente, no se sostiene. Resultado: somos los únicos responsables de nosotros mismos. Y ante la vida, ante sus placeres y sus infortunios, es muy fácil que nos sintamos solos, dependiendo únicamente de nuestros propios recursos, decisiones y aptitudes.

¿Es por este individualismo, un tanto forzado, que cada vez hay más gente que vive sola: ancianos, divorciados, jóvenes? ¿Hasta qué punto el mismo individualismo explica el éxito de las citas rápidas, de los *chats*, de las actividades para *singles* y de la pasión por los animales domésticos? ¿Responden las concentraciones de masas, celebrando éxitos deportivos, lutos o efemérides varias, a la necesidad de sentirse parte de un colectivo? ¿Influye el sentirse solo, a su vez, en la adicción a Internet, en la abundancia del trastorno narcisista de la personalidad, en el maltrato en las relaciones de pareja, en la epidemia depresiva o en la enormidad de las cifras sobre trastornos psicológicos que se dan en nuestro entorno?

¿Y ante este estallido de los parámetros relacionales qué dicen los psicoanalistas? Eric Fromm (1947, 86) nos diría que, en esta sociedad,

el *hacer* y el *tener* sustituyen al *ser* y que en este trasiego de verbos algo trascendente del valor humano se ha quedado olvidado por el camino:

Si las vicisitudes del mercado son los jueces que deciden el valor de cada uno, se destruye el sentido de la dignidad y del orgullo.

Otros analistas nos explicarán cómo estas circunstancias de exagerada y falsa autonomía nos llevan a desarrollar una especie de carcasa caracterial hiperadaptada pero artificial. Winnicott la llama *falso self*; McDougall utiliza el término *robot*. El mismo Fromm habla de «orientación social del carácter mercantilista». Conceptos que tratan de describir que, con este tipo de relaciones precarias, cargadas de incertidumbres y sostenidas en la negación de la dependencia, a veces funcionamos como personas, pero no sentimos como tales.

Rainer Funk (2007), discípulo de Fromm habla de una forma de carácter orientado al Yo. Creemos que refleja muy bien este individualismo actual del que hablan los sociólogos. Según este autor, éstas son algunas (no todas) de las peculiaridades de este tipo de carácter tan frecuente en la actualidad:

- La atracción por la novedad.
- El afán por liberarse de fronteras y vivir sin ellas; el afán de traspasar límites, ir más allá, ser anticonvencional, hacer lo imposible. Borrar las fronteras del espacio y el tiempo. Le resulta difícil reconocer los límites y las propias limitaciones.
- También le resulta difícil asumir y soportar sentimientos interiores negativos como desánimo, el desamparo, la impotencia, el aislamiento.
- La fascinación por lo sentimental, si bien se trata de sentimientos escenificados ofertados y adquiridos.
- La alegría por el contacto, que suele suplir lo que hasta ahora se entendía por relacionarse. Esto posibilita encuentros puntuales. Sin embargo, hay una clara dificultad para soportar las rupturas y las separaciones, el duelo, la soledad, la pérdida, la decepción.
- El anhelo de lo positivo se ejercita en pensar sentir y actuar positivamente; se elude cualquier conflicto y no se experimenta ningún sentimiento negativo con respecto a uno mismo.

- Se intenta eludir la polaridad inherente al hecho de vivir. No se quiere ver que la pareja, los padres, los hijos, el trabajo, etc. son satisfactorios y estresantes, placenteros y pesados. Sólo se quiere percibir lo positivo y por eso se elude todo lo complicado, crítico o conflictivo.

¿Por qué sucede esto? No lo sabemos a ciencia cierta, pero podemos esbozar algunas hipótesis. Es posible que la vigente estructuración social represente un ataque a los vínculos de apego seguro, esos que construyen la esencia de nuestra humanidad. El sistema de vida actual los asedia constantemente.

La identidad y los vínculos se construyen en contacto con los demás. Todos procuramos criar a nuestros hijos con los medios adecuados para darles un sentido de continuidad existencial. Pero en muchas ocasiones no está tan claro que les dotemos de unos vínculos de apego seguros. Si los padres estamos demasiado atareados con nuestro trabajo y nuestro éxito personal, los vínculos se pueden resentir. Es cierto que les damos todo lo que podemos, pero, al mismo tiempo, es como si los destetáramos precozmente, lanzándolos a un mundo un tanto inhóspito en el que han de luchar desafortadamente para obtener un espacio y una identidad propios. Muchos niños y adolescentes pueden sentir entonces que sus vínculos de apego no son seguros y que están un tanto desorganizados. Si esto es así, de adultos generarán un estilo de apego distante o resistente, caracterizado por un cierto escepticismo sobre las relaciones íntimas, el deseo de ser invulnerables, la distancia en las relaciones y la necesidad de sentirse independientes. Algo muy abundante en la sociedad actual. Pero ¿quién podría criticarlos por tomar semejante actitud, a la vista de lo que han vivido?

Tal empuje a la supuesta autonomía, junto con las dificultades inherentes al mercado laboral, no es de extrañar que dé como resultado el sufrimiento de muchos adolescentes y jóvenes. Si no se triunfa, si no se sale adelante de acuerdo con las expectativas —propias y ajenas—, se siente dolor. Dolor vivido como un fracaso personal, como derrota o producto de la propia incapacidad, siendo muy difícil cuestionar qué responsabilidad social hay tras tales decepciones. Hoy día nos preocupan las orgías alcohólicas de nuestros adolescentes, el consumo de

otros estupefacientes, el gamberrismo de ciertas barriadas y la delincuencia juvenil. ¿Podemos permitirnos el lujo de ignorar el individualismo reinante ante tales demostraciones de afirmación más o menos agresivas? ¿No deberíamos preocuparnos también por las desigualdades sociales, por la disgregación de las familias, por la pérdida de autoridad parental, por los déficits del sistema educativo, por la erosión de los límites, por la poca tolerancia a la frustración con la que vivimos, y por otras variables elaboradas entre todos?

Esta sociedad ensalza un Yo ideal, grandioso, triunfador, brillante y exitoso. El triunfo aberrante de las *celebrities*, la adoración acrítica que se brinda a actores, cantantes, modelos, deportistas y empresarios multimillonarios, así lo atestigua. En cierta medida, entonces, todos tratamos de ser triunfadores, de engrandecer nuestro Yo, a menudo a expensas de nuestras necesidades de pertenencia. Se sacrifican vínculos y espacios de relación en aras de este supuesto triunfo: los abuelos son enviados a las residencias, los bebés de cuatro meses son depositados en guarderías; los escolares prácticamente viven en el colegio y, cuando abogamos por la conciliación de la vida familiar y la laboral, en realidad lo que estamos pidiendo son ayudas externas para cuidar de los niños y podernos dedicar al trabajo con más posibilidades de ascenso.

Condiciones aquí descritas como obstáculos, sino como formas de expresión del Yo plenamente justificadas. Es la «patología de la normalidad» descrita por Fromm. Altamente resistente al cambio y a las críticas.

¿Reivindicamos una vuelta al pasado? ¿A las tradiciones, a las familias tipo clan, a la autoridad incuestionable y a las ideologías colectivas y unánimes? ¿A los matrimonios para toda la vida, sea cual sea su resultado? ¿A que las madres se queden en casa cuidando de los niños toda la vida? En absoluto. Tan solo señalamos que, entre las rigideces del pasado y las liquideces del presente, algo se nos ha perdido de vista, olvidado en este camino de hipermodernidad por el que transitamos a enorme velocidad.

Para concluir, nada mejor que una cita de Freud en *El malestar en la cultura* (1930, 3032):

En el curso de las últimas generaciones la Humanidad ha realizado extraordinarios progresos en las ciencias naturales, y en su aplicación técnica, afianzando en medida otrora inconcebible su dominio sobre la naturaleza. El hombre se enorgullece con razón de tales conquistas, pero comienza a sospechar que este recién adquirido dominio del espacio y del tiempo, esta sujeción de las fuerzas naturales, cumplimiento de un anhelo multimilenario, no ha elevado la satisfacción placentera que exige de la vida, no le ha hecho, en su sentir, más feliz.

Bibliografía

- Ferrero, J. 2009. *Las experiencias del deseo. Eros y misos*. Barcelona: Anagrama.
- Freud, S. 1917. «Conferencias de introducción al psicoanálisis». En *Obras Completas*, 2 y *Obras Completas*, 3. Madrid: Biblioteca Nueva.
- . 1930. *El malestar en la cultura*. En *Obras Completa*, 3. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Fromm, E. 1947. *Psychoanalyse und Ethic: Bausteine zueinerhumanistischen Charakterologie*. Berlin: Detscher Taschenbuch. [Traducción castellana: *Ética y psicoanálisis*. México: Fondo de Cultura Económica de España, 1980.]
- Funk, R. 2007. *Erich Fromms Kleine Lebensschule*. Berlin: Herder. [Traducción castellana: *Erich Fromm. Una escuela de vida*. Barcelona: Paidós.]
- Lipovetsky, G. 2006. *Le bonheur paradoxal*. Paris: Gallimard. [Traducción castellana: *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*. Barcelona: Anagrama.]
- Lipovetsky, G., i Charles, S. 2004. *Les temps hypermodernes*. Paris: Grasser & Fasquelle. [Traducción castellana: *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Anagrama.]
- Marcuse, H. 1954. *One-dimensional man*. Boston: Beacon Press. [Traducción castellana: *El hombre unidimensional*. Barcelona: Ariel.]
- Oliveres, A. 2009. *¡En qué mundo vivimos!* Barcelona: Icaria.
- Ramonet, I. 1998. «El pensamiento único»*****aquest capítol no existeix en aquest llibre. L'autor en té 3 de diferents al mateix volum**. En *Le Monde Diplomatique, Pensamiento crítico vs. pensamiento único*, *****pàgines**. Madrid: Debate.
- . 2009. *La crisis del siglo*. Barcelona: Icaria.
- Verdú, V. 2009. *El capitalismo funeral. La crisis o la tercera guerra mundial*. Barcelona: Anagrama.